

EN BUSCA DEL PERRO PERDIDO

Jaya Krayevsky / Facultad de Filosofía y Letras

Virginidad: El día que cumplí 7 años mis padres me regalaron un cachorro. Después de mirarlo mucho, y bien, descubrí con asombro que todo él era perro, y así le puse.

Cuando "Perro" murió, lloré al pensar que lo que había perdido no era recuperable, y no me equivoqué.

Lógica incipiente: Para que dejara de llorar me obsequiaron un Collie al que le puse Lassie.

Espíritu colonial: Un coche deportivo se encargó de Lassie. Aún recuerdo el gusto que me dio recibir a una linda French Poodle gris a la que llamé "Blackie".

Blackie murió al parir a "Xtremópotl"; una perrita enfermiza, celosa y agresiva con la que me llevé muy bien hasta que descubrí que su contacto me desencadenaba una serie de reacciones alérgicas debido a que su IRP afectaba notablemente mi PH, por lo que tuve que construirle una casita en el jardín para mantenerla alejada.

Un violento catarro mató a "Xtremópotl", no sin antes dejarme un extraordinario cachorro al que llamé "Apolo"

Apolo fue un perro muy especial; hermoso, inteligente, intuitivo; casi parecía una persona. A medida de que lo veía crecer, el placer de mirarlo iba en aumento. Me maravillaba la inventiva que desarrollaba en cada uno de sus juegos, la madurez que mostraba al resolver sus problemas. El tenerlo llegó a significar un verdadero goce espiritual.

Durante varios años nuestra amistad transcurrió felizmente, hasta que un día descubrí que mi admiración por Apolo había ido demasiado lejos, ya que, en ocasiones, en medio de una conversación seria se me escapaban pequeños e inteligentes ladridos a la vez que trataba de mover una cola inexistente.

Fue terrible tener que llevar a Apolo a la perrera municipal, pero peor hubiera sido que yo ingresara a un manicomio, por lo que el infeliz de Apolo se fue a la perrera con mirada rencorosa.

A pesar del dolor que me causó el perderlo, tengo que admitir que me sentí aliviada al ver que recuperaba mi propia voz.

El descubrimiento de Dios: Al morir mi tía Clara me dejó por herencia un desdentado San Bernardo que vivió mirando melancólicamente al cielo sin perderlo de vista un solo momento. Casi por imitación despegué los ojos del suelo para escudriñar en aquello que mantenía tan absorto a "Plácido". La verdad es que jamás descubrí nada digno de ser mencionado, aunque tengo que admitir que el aprender a mirar más allá de mi perspectiva fue una experiencia estimulante y prometedora.

Un buen día en el que miraba el cielo desde la ventana de mi recámara, vi con asombro cómo Plácido se elevaba por los aires hasta perderse en el infinito.

Jamás he tratado de explicarme este incidente, tampoco me importa saber si mis ojos son fiables o no, lo único que realmente sé, es que Plácido se elevó como si fuera un



enorme globo de gas, muy independientemente de mis posibles explicaciones, de mi suspicacia o de mi credulidad.

Debido a la magnífica impresión que me causó Plácido quise comprar otro San Bernardo, pero tomando en cuenta que cada cachorro costaba \$500.00, y que estaba dentro de lo posible el que se me volara uno cada mes, opté por comprar un animal con intereses más terrestres.

Fue entonces que tuve un Pastor Alemán, que no era alemán, al que llamé René.

El orgullo de ser perro: Es indudable que René ha sido el perro más cerebral que he tenido. Siempre tuve la impresión de que, sin importar lo que fuese, René sabía sobre las personas, las cosas, las situaciones, en fin, sobre el mundo en general, bastante más que yo. En ocasiones lo sorprendí mirándome despectivamente sin que jamás se lo tomara a mal, es más, en el fondo estaba de acuerdo con él aunque siempre traté de ocultar este sentimiento de inferioridad.

Me causó mucha pena enterrar a René después de aquél trágico accidente en el que perdió la vida, pero sucede que René acostumbraba verse todas las mañanas en el estanque para admirar su condición de perro, pero ese día evidentemente se empinó demasiado y como la cabeza le pesara más que el resto, se fue de bruces sin poder evitarlo.

René tuvo varios cachorros, soberbios todos ellos, pero por razones de espacio no pude conservarlos y los fui regalando en cuanto nacían. Cuando perdí a René, lamenté no haber conservado, por lo menos, un ejemplar.

Acondicionamiento histórico: Una vez que la experiencia me mostró que los falderos eran nocivos para mi salud, que el San Bernardo me había causado un enorme descrédito social debido a que todos mi amigos pensaron que la anécdota era inventada, además de que René y sus cachorros me habían despertado un terrible complejo de inferioridad, decidí actuar con cautela para no equivocarme más, por lo que consulté a un connotado veterinario que poseía una valiosa oraculadora transistorizada que determinó cuál era el perro que me convenía. Curiosamente eligió un Doberman Albino.

A pesar de buscarlo afanosamente no lo encontré, por lo que tuve que conformarme con un Doberman negro al que despectivamente llamé: "Herodes". Claro está que si hubiese sido albino le hubiera puesto "Gandhi", aunque si se piensa en el color. . . En fin, el caso es que el pobre de Herodes murió bajo las ruedas de un camión tratando de salvarme a un hijo.

Se inicia la crisis: Cuando perdí a Herodes me compré un Collie al que llamé Lassie. Principia Matemática: Si A se llama B

A se llama B

Enunciado analítico. Verdad matemática. Indiscutible paradigma. (Histeria masiva de los prestigiosos esperantomaniacos.)

Surge un método: Cuando Lassie huyó de mi casa en busca de comida, acepté gustosa a un enorme y fiero perro policía que se había quedado sin dueño (me aseguraron que su padre había sido perro de buena cepa). Casi me caigo de risa cuando lo bauticé con el nombre de "Fifi".



Cada vez que alguien llegaba a mi casa se iniciaba la siguiente rutina: —“¿Te importaría si meto a Fifi a la sala? Decir: —“¡Claro que no!”, al que menos, le costó un dedo. Sin embargo la buena educación hizo milagros; casi nadie objetó, pero casi nadie volvió.

Virginidad recuperada: En atención a las visitas mandé provisionalmente a Fifi para que cuidara la fábrica de mi esposo. A pesar de haber tomado esta dolorosa medida, las visitas no volvieron. Me había quedado sola.

Cansada de esperar inutilmente, me dirigí al consultorio de un veterinario descomputabilizado que me mostró gentilmente su mercancía. Elegí un Boxer recién nacido, me lo llevé a casa y fijé la atención participando.

Después de mirarlo mucho, y bien, descubrí con asombro que todo él era perro. A pesar de saber, sin lugar a dudas, que ese debía ser su nombre, sentí vergüenza de llamarlo así. Esta vergüenza me produjo malestar interior pero no había manera de retroceder; sólo se es virgen la primera vez.

La desilusión de no poder llamar a mi cachorro por su verdadero nombre me impulsó a devolverlo, por lo que regresé al consultorio en donde tuve la impresión de que el médico esperaba mi visita.

—Me imaginé que lo devolvería, me dijo sin mostrar enojo. Su caso no es el único. Créame que desde que llegaron los “Guaguás Transparentes” ya nadie quiere quebrarse la cabeza con los perros tradicionales. Dicen que los perros comunes y corrientes son poco fiables debido a que sus reacciones no son siempre las mismas, y por lo tanto la absoluta comprensión de estos animales es imposible. A veces, cuando los oigo hablar me pregunto si las reacciones de los amos son siempre iguales para que se les haya ocurrido pretender que los perros sean de una naturaleza diferente de la propia, en fin, todos tenemos el derecho a equivocarnos, sobre todo cuando tenemos miedo de no poseer la enjundia necesaria para afrontar problemas complejos, y sí la ambición de ser considerados como personas excepcionalmente capaces. El caso es que ahora todos desean tener por mascota al guaguá Transparente ya que tiene la virtud de poder ser comprendido por sus amos debido a que todo está a la vista, además de que cada ejemplar va acompañado de un manual al que no llamaría complejo, aunque sí bastante complicado a pesar de su significado unívoco. Estas mascotas pueden hacerse y deshacerse cuantas veces se quiera con la seguridad de que quedarán iguales a sí mismas; en pocas palabras, no hay gran compromiso y sí entretienen la mente. Todos los que “son” tienen uno, añadió irónico mientras acariciaba dulcemente las orejas recién cortadas de “Perro.”

Le he puesto un buen nombre —pensé mientras regresaba con mi cachorro a casa—, aunque en el fondo sabía que mi determinación al llamarlo así no era pura, sino que estaba contaminada de agresividad ante el espectáculo del híbrido de moda, del famoso Guaguá, ése, hijo de los prestigiosos esperantomaniacos aquellos.

Desde hace algunos años Perro vive conmigo, también recuperé a Fifi y ambos cohabitan felizmente.

A veces me pregunto si les he puesto un buen nombre a mis perros. Fifi describe algo que en realidad no es, y Perro es un nombre genérico. A pesar de saberlo no puedo dar un

solo paso atrás, algo me dice que no es exactamente aclarando como se llega a la claridad. La intuición de lo denso persiste y promete. . .

Me siento sola, absurda, paralizada; miro el ayer con nostalgia y no encuentro el sentido de ser, del poder ser hoy. Mi juicio crítico se ha desarrollado y por lo tanto me impide ponerle "Densidad" a los futuros cachorros de Fifí, o "Virginidad Recuperada" a los de Perro. Sé muy bien que éstos no son nombres de animales. Me avergüenzo de sólo pensarlo.

A veces busco entre los nombres de mis antiguos perros, aquel que pudiera ser el adecuado, pero no logro encontrarlo: Blackie y Xtremópotl pertenecen a un pasado olvidado ya. Apolo, a pesar de que me inspira un respetuoso cariño, no tiene el nombre que los describe en su totalidad. Tampoco se podrían llamar Plácido, porque a pesar de que miran mucho al cielo tienen sus patas firmes en la tierra. El nombre de René me inspira miedo porque pienso que lleva implícito los elementos de su propia destrucción. Con respecto a Herodes, es evidente que, a pesar de que cumplió como Doberman, jamás fue el perro Albino que la "sabiduría irrefutable" me propuso un día. Pero sobre todo, sin lugar a dudas, sé que mis perros no podrían llamarse Lassie por la sencilla razón de que no son Collies.

En las mejores casas de la cuadra se escuchan los fuertes ladridos de los Guagás Transparentes. Sus dueños, un poco simplistas a mi gusto, con gran respeto por el oficio adquirido los hacen y los deshacen mientras que los vendedores perfeccionan el método para poder lanzar al mercado nuevos modelos que mantendrán ocupados a los envanecidos dueños de estos especímenes, los cuales ya miden su inteligencia por la destreza con la que solucionan los enigmas sin misterio que les plantea el comercio.

Me siento feliz de haber elegido a Perro a pesar de las sonrisas burlonas de mis vecinos que piensan que voy a la zaga de mi tiempo. Para darles gusto, un día de estos pienso comprarme un Guaguá con la certeza de que aprenderé su mecanismo. Lo que sí creo difícil es que mis vecinos, a través de su manual, logren aprehender a Perro.

Tendré que dejarlo como está. Fifí y Perro son por lo menos de mi misma naturaleza y de alguna manera me expresan y me explican. Así se llamarán mientras pienso en un nombre adecuado para sus cachorros.

La salud de mis perros se ha convertido en una preocupación obsesiva, es por eso que los he rodeado de lo mejor. Por instructor tienen un artista, por médico, a un médico general (nada de especialistas limitados) y sus medicinas son preparadas con gran intuición y cuidado por un alquimista amigo mío.

